

**LA EUCARISTÍA,
EN EL CORAZÓN
DE LA VIDA**

Josep Lligadas

1. CON JESÚS, EN EL CENÁCULO

Podemos intentar imaginar el ambiente que habría allí en aquella sala, el día antes de muerte de Jesús. La tensión con las autoridades judías se había hecho cada vez más fuerte, y la sensación era de que todo aquello podía terminar muy mal. Todos tenían el corazón como encogido, desconcertados, sin saber qué había que hacer, si es que había que hacer algo. Jesús también. Jesús vive todos los pasos de su vida profundamente unido al Padre, pero también tiene el corazón encogido. Más lo tendrá dentro de pocas horas, en Getsemaní.

Los discípulos están allí, alrededor de la mesa. Han recorrido juntos los caminos de Palestina. Han acompañado a Jesús, se han sentido profundamente atraídos por él aunque a menudo no le entendieran, han descubierto en aquel profeta de Nazaret algo que no podían encontrar en nadie más... aquel profeta que curaba enfermos, que rompía barreras de marginación, que invitaba a amar, que hablaba de un Reino que era vida y gozo y esperanza para todos, que mostraba a un Dios de rostro amoroso, atento y preocupado por cada uno de sus hijos...

Y ahora están allí. Sufriendo porque todo puede acabar de la peor manera. Saben perfectamente que las autoridades judías ya han decidido eliminar a aquel personaje que les critica su bien organizada religión y su satisfecho conformismo ante los males y dolores que sufre su pueblo. Jesús ha dicho que Dios rechaza su forma de actuar, y ellos no están dispuestos a seguir soportando su palabra cuestionadora. ¿Qué va a suceder? ¿Intervendrá Dios para mostrar su apoyo a Jesús? ¿O Jesús morirá como tantos otros profetas? Allí están, alrededor de la mesa. Todo es muy confuso, pero algo sí es seguro. Y es que ellos, más que nunca, se sienten unidos a su maestro. En aquella

sala, aquella noche, se vive una inmensa corriente de afecto y de adhesión vital. Y una absoluta atención a todas las palabras y a todos los gestos del Maestro.

Aquella cena es una cena solemne, ritual. Según los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas, es la cena de la Pascua, la cena que conmemoraba la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto. Según el evangelio de Juan, en cambio, la Pascua se celebraba un par de días después. Lo mismo da. En cualquier caso, aquella fue una cena ritual, en la que hubo plegarias, bendiciones, cánticos.

Y allí en medio, en aquella cena, Jesús realizará un gesto que pretende mostrar el sentido de su vida entera. Jesús se agachará para lavarles los pies, como hacían los esclavos. Así ha sido toda su vida: una entrega total por el bien de los demás, un darse totalmente, un servir sin ninguna reserva. Al día siguiente, en la cruz, esa entrega se mostrará de manera plena y definitiva.

Y luego Jesús realizará otro gesto. Un gesto que mirará hacia el futuro. Un gesto que será como el anuncio de lo que va a suceder más allá de aquella

Los domingos y los días laborables

Desde el inicio de la Iglesia, desde los tiempos apostólicos, el domingo es el día en el que toda la comunidad está convocada para celebrar la Eucaristía. La escena del apóstol Tomás que citamos en el tercer apartado de este capítulo es la mejor muestra del convencimiento que tenían las primeras comunidades sobre la importancia de la Eucaristía dominical para encontrarse con Jesús.

Pero la Eucaristía no se celebra solo los domingos. La Eucaristía se puede celebrar, y se celebra, todos los días. Y es que a medida que fue avanzando la historia cristiana, muchos cristianos sintieron el deseo de vivir con mayor frecuencia este encuentro con Jesús, y la Eucaristía empezó a celebrarse primero algunos días entre semana, y luego todos. Si se puede, vale la pena asistir. No es una convocatoria general de toda la comunidad, pero sin duda que en aquella comunidad a menudo pequeña que celebra la Eucaristía diariamente, Jesús se hace presente con toda su plenitud y riqueza, para alimentar a los creyentes con su Palabra y con su Cuerpo y su Sangre.

muerte trágica que tanto temen todos. Jesús, mientras cenaban, tomará un pan de encima de la mesa, pronunciará una oración de acción de gracias, lo partirá, y se lo dará diciendo: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía”. Y luego, terminada la cena, en el momento de la última bendición con la que se acostumbraba a concluir la comida, tomará la copa de vino y dirá: “Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; haced esto, cada vez que lo bebáis, en memoria mía”.

Las tradiciones que nos han llegado sobre estas palabras de Jesús varían según los evangelistas, y también en la versión que nos transmite san Pablo en su primera carta a los Corintios: podemos verlas en Mateo 26,26-30; Marcos 14,22-26; Lucas 22,14-23; 1 Corintios 11,23-26. Pero el sentido de lo que hizo Jesús sí queda claro: él les anunciaba que, más allá de su muerte, el gesto de partir el pan y pasar la copa de vino sería revivir su presencia, volver a tenerlo entre ellos.

No podemos saber qué entenderían ni qué pensarían los discípulos aquella noche ante las palabras de Jesús. Sin duda debieron quedar muy sorprendidos, y sin duda debieron tener también la sensación de que allí estaba ocurriendo algo especialmente importante. Y aquellos gestos y aquellas palabras de Jesús les quedaron grabados en el alma, y luego, cuando Jesús ya no estaba con ellos, se sintieron llamados a volverlos a repetir.

2. “ERAN CONSTANTES EN LA FRACCIÓN DEL PAN...”

Después de la muerte de Jesús, a los pocos días, sus seguidores empezaron a decir que lo habían visto vivo. Primero María Magdalena, luego Pedro, luego el conjunto de los apóstoles... Poco a poco fueron viviendo la experiencia increíble de encontrarse con Jesús, y poco a poco se fueron concienciando de hasta qué punto aquello que habían experimentado, la resurrección de Jesús, transformaba radicalmente su vida.

Y un tiempo después, esta experiencia se transformó en una especie de fuerza colectiva, imparable. El libro de los Hechos de los Apóstoles lo explica como un acontecimiento espectacular que tuvo lugar cuando los judíos celebraban la fiesta de Pentecostés: aquel día, como un viento recio, como unas lenguas de fuego, los discípulos de Jesús experimentan la fuerza del Espíritu Santo, el Espíritu que movía a Jesús y que ahora se ha apoderado de ellos y los ha transformado. Y Pedro sale a la calle, y anuncia la Buena Noticia de Jesús, y una multitud acepta su predicación y pide entrar a formar parte de

la nueva comunidad. Y Lucas, el autor del libro de los Hechos, resume así el proceso que siguen los que se convierten y se hacen cristianos:

Los que aceptaron las palabras de Pedro se bautizaron, y aquel día se les agregaron unos tres mil. Los hermanos eran constantes en escuchar la enseñanza de los apóstoles, en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones (Hechos 2,41-42).

Es este un resumen muy concentrado, y algo idealizado (ya veremos luego que no siempre iba todo tan bien), pero que expresa muy claramente lo que los primeros cristianos consideraban básico para formar parte de la comunidad: escuchar la predicación y aceptar la fe, recibir el bautismo, y luego, ya como ritmo constante de vida, reunirse con los demás cristianos y cristianas para escuchar la enseñanza de los apóstoles, compartir la vida y los bienes con los demás hermanos, participar de la Eucaristía, y participar también de las reuniones de oración.

De estos elementos que forman el ritmo constante de la vida del cristiano, hay uno, el último que se cita, el de las oraciones, que no podemos saber si se refiere a reuniones de oración que hacían los cristianos, o a las oraciones judías en las que en los primeros tiempos los cristianos seguían participando, porque en aquella época aún no habían roto con el judaísmo. Pero los otros tres elementos sí son muy claros: profundizar en el conocimiento de la Buena Noticia de Jesús a través de lo que los apóstoles explicaban; vivir de acuerdo con esa Buena Noticia y formar una comunidad fuertemente cohesionada por la fe y el amor; y finalmente, celebrar aquella comida que Jesús les había encomendado celebrar antes de su muerte, la fracción del pan, la Eucaristía. En este mismo texto, algunos versículos más adelante, vuelve a repetir este signo de identidad de la comunidad cristiana: “Celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón”.

Y desde entonces, hasta el día de hoy. En el Nuevo Testamento, esta celebración constante de la Eucaristía se menciona muy pocas veces, porque lo que es habitual no hay por qué explicarlo: todo el mundo lo sabe, y se da por supuesto. Pero alguna vez sí se menciona, y será interesante verlo.

Una de estas veces está también en los Hechos de los Apóstoles. Corre el año 58, y Pablo vuelve de su tercer viaje misionero. Va hacia Jerusalén, donde será arrestado y conducido a Roma. Y el autor del libro de los Hechos nos narra en este contexto una deliciosa historia que quiere resaltar la fuerza

de vida que hay en el apóstol, la fuerza de Jesús que no se detiene ni ante las persecuciones ni ante la misma muerte. La historia nos presenta a Pablo resucitando a un joven. Pero lo interesante para nosotros, aquí, es que el hecho tiene lugar en una reunión para celebrar la fracción del pan, que nos muestra cómo la celebraban en aquella época. Y dice así:

Llegamos a Troas, y nos detuvimos allí una semana. El domingo nos reunimos a partir el pan; Pablo les estuvo hablando y, como iba a marcharse al día siguiente, prolongó el discurso hasta media noche. Había lámparas en abundancia en la sala de arriba donde estábamos reunidos. Un muchacho, de nombre Eutiquio, estaba sentado en la ventana. Mientras Pablo hablaba y hablaba le iba entrando cada vez más sueño; al final, dormido, se cayó del tercer piso abajo. Le levantaron ya cadáver, pero Pablo bajó, se echó sobre él y, abrazándolo, dijo: “No os alarméis, que tiene aliento”. Pablo volvió a subir, partió el pan y cenó. Estuvo conversando largo hasta el alba, y luego partió (Hechos 20,6-11).

Los domingos, la comunidad cristiana se reúne para partir el pan. Lo hacen siempre. Lo hacen de noche, en la noche del sábado, cuando empieza el día (la noche del domingo, según su forma de contar, ya es lunes). Así pueden asistir todos, porque el domingo no es día festivo.

Pero esta vez la reunión será excepcional: ¡viene el apóstol Pablo! Y la primera parte de la reunión, dedicada a profundizar en la Buena Noticia de Jesús, se alarga. Es lógico: Pablo tiene muchas cosas que explicar, y la comunidad muchas ganas de escucharle. En la sala hay muchas lámparas, y la luz contribuye a crear un clima especial, y aquel pobre muchacho se duerme y se cae por la ventana. Los jóvenes, entonces como ahora, no se sienten cómodos con los sermones largos, aunque sean del mismísimo Pablo... Y entonces tiene lugar ese hecho que quiere resaltar la fuerza de vida que hay en Pablo, y la fuerza de vida que en la Eucaristía se hace presente: ¡Eutiquio resucita! Y sigue la reunión con lo que nosotros ahora llamamos liturgia eucarística, y luego, una vez terminado todo, se quedan charlando largamente...

Sin duda, el clima de aquella celebración era bastante distinto del nuestro: eran pocos, todo era más simple... Pero el contenido es realmente el mismo: la Palabra y la Eucaristía, entonces como ahora, constituyen la celebración dominical de los cristianos.

3. DOMINGO TRAS DOMINGO

En el evangelio encontramos un relato en el que no se habla directamente de la Eucaristía, pero que sin embargo es la ocasión en la que de forma más clara se señala la importancia que tiene la reunión cristiana de cada domingo para encontrarse con Jesús. Se trata de las dos apariciones a todos los discípulos reunidos, la primera sin el apóstol Tomás y la segunda ya con Tomás presente, que nos relata el evangelio de Juan (20,19-29).

Son los dos primeros domingos de la historia cristiana. El domingo de Pascua, al atardecer, los discípulos están reunidos en una casa, encerrados y atemorizados. Pedro ha ido ya al sepulcro y lo ha encontrado vacío, María Magdalena se ha encontrado ya cara a cara con el Señor resucitado. Pero todo resulta muy raro, y tienen miedo. Y entonces Jesús se hace presente en medio de ellos, y les da la paz, y les envía a anunciar la Buena Noticia, y les da el Espíritu Santo, y les dice que a través de ellos llegará el perdón de los pecados. Es la primera comunidad reunida, en el primer domingo, y Jesús se hace presente en medio de ellos.

Aquel día, sin embargo, uno de los doce apóstoles, Tomás, no estaba con la comunidad. Y como que no estaba con la comunidad, no se encontró con Jesús, y luego, cuando se lo explicaban, le parecía imposible y era incapaz de creérselo. Y llega el domingo siguiente, y aquel día Tomás sí estaba: no podía creer lo que le decían sus compañeros, ¡pero tenía tantas ganas de que fuese verdad! Y Jesús vuelve a hacerse presente, y Tomás lo reconoce como Señor, y manifiesta su fe. Y Jesús anuncia el futuro: aquella fe continuará, y muchísima gente que no conoció a Jesús en este mundo, seguirá encontrándose con él, y seguirá reconociéndolo, y creará en él.

Y desde aquellos dos domingos, la comunidad cristiana se reunirá, semana tras semana, y experimentará la presencia del Señor. Y entenderá que no es bueno no asistir a aquel encuentro semanal, porque entonces ocurre lo que le ocurrió a Tomás: ocurre que uno se queda sin la presencia reconfortante y salvadora de Jesús.

Porque, si el evangelista Juan nos transmite este relato, es porque la tentación de olvidar la convocatoria dominical era ya un problema en su comunidad. ¡A las primeras comunidades cristianas también les sucedía lo que nos sucede a nosotros! Por ejemplo, el autor de la carta a los Hebreos, que es un escrito redactado entre los años 70 y 90, tiene que llamar la atención a los

miembros de la comunidad a la que se dirige, porque no se toman suficientemente en serio la importancia de la Eucaristía dominical, y empiezan a fallar; como diríamos ahora, empiezan a dejar de ir a misa:

Animémonos mutuamente en el amor mutuo y en el bien obrar, sin faltar a nuestra reunión, como algunos suelen (Hebreos 10,24-25).

Unos cuantos años después del inicio de la Iglesia, lo básico, es decir, la unión fraterna y la participación en la Eucaristía (que aquí el autor la llama “nuestra reunión”) fallan. Los cristianos se acostumbran al ir tirando, todo parece que pierda importancia, se apaga el vigor de los primeros tiempos, quizá algunos empiezan a considerar la reunión dominical aburrida... Y el autor de la carta ha de recordar que se trata de un elemento básico, un punto de referencia fundamental para la comunidad, sin el que la comunidad perdería buena parte de su sentido.

Y aún podríamos añadir aquí un problema todavía más grave, del que tenemos noticia a través de san Pablo. Se trata de cuando, no muchos años después de la muerte y resurrección de Jesús, hacia el año 55 o 56, el apóstol tiene que escribir a la comunidad de Corinto para decirles que la Eucaristía que celebran no es la Eucaristía de Jesús. Ocurría que, como entonces la Eucaristía se celebraba dentro de una cena que cada uno se traía de su casa, los más ricos disfrutaban de buenos manjares y abundantes bebidas mientras que los pobres se quedaban con hambre... Pablo tiene que decirles que, si siguen así, la Eucaristía será para ellos motivo de condena y no lugar de encuentro con Jesús... Podemos leerlo en 1 Corintios 11,17-34.

Pero en todo caso, lo que sí resulta claro es que, pese a todas las miserias y todas las desidias, la Eucaristía será, desde el principio, el lugar fundamental de encuentro de Jesús con su comunidad. Será el lugar donde Jesús sale al encuentro de sus seguidores, para abrirles los ojos y hacerles entender el sentido de su vida y de su muerte, para llenarles de alegría y de ánimo, para acompañarlos en el camino cotidiano a menudo difícil y lleno de perplejidades, para sentarse con ellos a la mesa y darles aquel pan y aquel vino que es él mismo... Es la historia tan conocida de los discípulos de Emaús, que leemos en Lucas 24,13-34, y que es nuestra misma historia: la de todos los cristianos y cristianas que, a lo largo de los siglos, nos hemos reunido como comunidad, en torno a Jesús, para escuchar su Palabra y para partir su Pan. Para encontrar en él vida, y fortaleza, y compañía, y paz, y empuje para seguir adelante.

4. LA PRESENCIA DE JESÚS

Desde los tiempos de Jesús y de los primeros cristianos, han pasado casi veinte siglos y las cosas han cambiado mucho. La intensidad y la proximidad con Jesús que veíamos en el cenáculo, o que vivían aquellas comunidades pequeñas en las que todos se conocían, ahora ya no la tenemos. Y nuestras celebraciones son distintas de las suyas: más numerosas, más estructuradas... Pero el contenido es el mismo: la presencia de Jesús en la comunidad, en el sacerdote que preside, en la Palabra que proclamamos y en el pan y el vino que comemos y bebemos, sigue igual que entonces.

Detrás de este contenido que es el mismo ahora que entonces, hay un hecho muy importante: que la vivencia de la fe no es una realidad individual e impalpable que cada uno tiene en su cabeza y en su corazón, sino que es, también y de manera muy decisiva, una realidad colectiva y que se manifiesta a través de unos símbolos. La vida humana está llena de símbolos que expresan las realidades que vivimos: desde el sencillo regalo en el aniversario de la boda, que expresa y acrecienta el amor de una pareja, hasta la cena de Nochebuena que expresa y acrecienta la unidad de la familia. Pues en la vida cristiana todavía más. A Dios, a Jesús, los encontramos en el fondo de nuestro corazón, y en la vida que intentamos vivir según el Evangelio. Pero con esto no basta: necesitamos momentos que expresen y hagan vivir su presencia. Estos momentos pueden ser muy variados. Pero hay unos que tienen un valor especial, porque son momentos centrales en los que la comunidad cristiana, la Iglesia, se reúne de forma más plena en torno a Jesús. Son los sacramentos. Y entre ellos, el que acompaña más permanentemente toda la vida, la Eucaristía.

Ahora vamos a repasar como se hace realidad esta presencia de Jesús, en la comunidad reunida, en el sacerdote que preside, en la Palabra proclamada y, como culminación, en el pan y el vino, en los que él mismo se nos da como alimento.

La presencia de Jesús en la comunidad reunida

La primera presencia de Jesús en la Eucaristía es el mismo hecho de encontrarse la comunidad reunida. Él lo dijo: “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt 18,20). Y esta presencia, que acontece siempre que unos cristianos se reúnen, tiene aún mayor fuerza cuando esa reunión es la que Jesús mismo ha convocado, la que realizamos para cumplir aquel encargo que él nos dejó el día antes de su muerte.

Por eso merece la pena que la comunidad se valore a sí misma, y sepa la importancia que tiene como lugar de la presencia de Cristo. Y que nadie quiera quitarle esa importancia por ningún motivo.

Y también merece la pena que los miembros de la comunidad nos valoremos mutuamente, y sepamos estar atentos unos a otros, vengamos de donde ven-gamos, tengamos la edad que tengamos, sepamos cantar o no... Vamos a la iglesia a celebrar la Eucaristía con nuestras angustias y con nuestras ilusiones, y en ellas se hace presente Jesús. Y vamos también con nuestros esfuerzos de fidelidad y con nuestro pecado, y también ahí se hace presente Jesús. Jesús no espera de nosotros que cada uno sea perfecto o que la comunidad sea perfecta. Pero sí espera que creamos en él y queramos creer cada día más, y que tengamos la voluntad de ser sinceramente fieles a su Buena Noticia.

La comunidad, la forme quien la forme, realiza siempre la Iglesia. Puede ser una comunidad en la que nadie se conozca: si están allí unidos por la fe en Jesús, allí está la Iglesia. Pero también es verdad que, puesto que la asamblea eucarística es una acción simbólica, ayudará a vivirla el conocimiento mutuo entre los participantes: por eso va bien asistir habitualmente a la Eucaristía con la misma gente, y saludarse y hablar a la entrada o a la salida (quizá mejor no hacerlo dentro de la iglesia: dentro de la iglesia, probablemente será mejor que preparemos nuestro espíritu para la celebración). Y por eso es bueno también que, si pertenecemos a un grupo de reflexión cristiana del tipo que sea, intentemos asistir también juntos a la Eucaristía dominical: así, lo que compartimos en el grupo, quedará reforzado compartiendo también el acto central de la presencia de Jesús.

La presencia de Jesús en el sacerdote que preside

Cuando estamos reunidos, entra en medio de la asamblea el sacerdote (o el obispo) que presidirá nuestra celebración. Antes, al sacerdote que presidía la Eucaristía se le llamaba “celebrante”, como si la Eucaristía la celebrase solo él. Celebrantes lo somos todos, cada uno en su papel. Él, el sacerdote, tiene la función de presidir la asamblea y significar así la presencia de Jesús que nos convoca, y que nos da su Palabra, y que nos parte el pan y nos pasa la copa de vino, su Cuerpo y su Sangre que nos dan vida. Por eso ahora lo llamamos más bien “presidente de la celebración”.

No es una cuestión de importancia o de poderes. Es, más bien, otro hecho simbólico que nos recuerda que la fe y la Buena Noticia de Jesús no nos

las hemos inventado nosotros ni nuestro grupo de cristianos, sino que nos vienen, como una cadena nunca interrumpida, desde los primeros que acompañaron a Jesús, los apóstoles, hasta nosotros y nuestra comunidad concreta.

Por eso, en este momento básico de la vivencia cristiana, se expresa así que nuestra comunidad, y todas las comunidades del mundo, no están convocadas por propia iniciativa, sino que se reúnen en torno a alguien que las precede y al que quieren seguir. Y el sacerdote deberá realizar su función presidencial, su ministerio, de modo que ayude a los demás cristianos a vivir con fe este momento central.

La presencia de Jesús en la Palabra

Una vez iniciada la celebración, y después de los ritos iniciales que ayudan a situarnos, comienza la primera parte de nuestra reunión: es lo que se llama la liturgia de la Palabra.

Nos sentamos, y los lectores nos proclaman las lecturas, nosotros respondemos con la plegaria de los salmos, el diácono o el sacerdote nos proclaman el evangelio y, finalmente, escuchamos la homilía que nos quiere ayudar a aplicar esta Palabra a nuestra vida. Es, como se ha dicho a veces, la primera mesa, el primer alimento que recibimos. Luego recibiremos el alimento del Cuerpo y la Sangre de Cristo, pero ahora, primero, nos alimentamos de su Palabra, la que él nos ha dirigido directamente en el evangelio, y la que nos dirige también a través de los escritos que nos han dejado sus apóstoles y los demás escritos de todos aquellos que, en el Antiguo Testamento, prepararon su venida.

Escuchar las lecturas de la Palabra de Dios es mucho más que recibir una instrucción. A través de las lecturas, sin duda, recibimos enseñanzas importantes para nuestra vida cristiana, y por ello merece la pena que las escuchemos con atención. Pero más allá de las enseñanzas concretas, escuchar estas lecturas es reconocer en medio de nosotros la presencia de Dios y de Jesús, que nos acompañan, que nos guían desde nuestro interior, que transforman, día tras día, nuestras vidas. Es verdad que en ocasiones no comprendemos muy bien lo que se lee, o tenemos un mal día y no prestamos mucha atención. Pero aun así, esta escucha constante de la Palabra, domingo tras domingo, va penetrando dentro de nosotros y va moldeando nuestro corazón para que nuestros sentimien-

tos, nuestros criterios y nuestras actitudes queden impregnados de la Buena Noticia de Jesús.

Vale la pena que, en la medida en que podamos, nos preparemos para captar mejor lo que escucharemos en la misa: una buena manera será, por ejemplo, leer antes las lecturas en casa, mediante alguna de las publicaciones o los misales manuales que las publican. También vale la pena conocer más a fondo cómo están organizadas las lecturas y los demás elementos de la liturgia de la Palabra: puede ayudarnos, por ejemplo, el capítulo titulado *Por qué leemos la Biblia en la misa* de este libro, escrito por Joan Llopis. Y vale la pena, sobre todo, tener muy claro que ninguna otra lectura, por mucho que nos guste, puede sustituir el valor y el sentido de estas lecturas que Dios nos ha dejado como signo de su presencia.

Y aún habría que añadir otra cosa. Y es que, como conclusión de la liturgia de la Palabra, y después de proclamar nuestra fe mediante el Credo, abriremos nuestra mirada más allá de las puertas de la iglesia en la que estamos y ponemos ante Dios las necesidades de la Iglesia entera y del mundo entero. Es la oración universal u oración de los fieles, que cierra la primera parte de la celebración.

La presencia de Jesús en el pan y el vino

Y llegamos, finalmente, a la segunda parte de la misa, la parte culminante. Ahora repetiremos los gestos y las palabras de Jesús en la última cena, y lo haremos dentro de una amplia oración de acción de gracias y de petición a Dios, como hizo el mismo Jesús. En esta parte de la Eucaristía, el protagonismo principal lo tiene el presidente de la celebración, que actúa en nombre de Cristo. Así como la primera parte de la misa recibe el nombre de liturgia de la Palabra, esta segunda parte recibe el nombre de liturgia de la Eucaristía, porque es aquí cuando tiene lugar la Eucaristía propiamente dicha.

La liturgia de la Eucaristía tiene tres partes. La primera es la preparación de las ofrendas. Es un momento de pausa y tranquilidad después de la intensidad de la liturgia de la Palabra. En la liturgia de la Palabra tenemos que estar atentos a todo lo que se dice y proclama; ahora, simplemente, miramos lo que se hace en el altar, a veces en silencio, a veces con música o algún canto. El diácono, o el presidente de la celebración, preparan sobre el altar el pan y el vino que les traen los acólitos o que, en ocasiones más solemnes, traen diversos miembros de la asamblea en la procesión de ofrendas. Y también

es este un buen momento para aportar algo de nosotros mismos, nuestras ofrendas económicas para las necesidades de la Iglesia y para los pobres.

Luego viene la plegaria eucarística, un momento solemne en el que el presidente de la asamblea inicia esta larga plegaria que empieza con una invitación a levantar los corazones a Dios y a darle gracias (“Levantemos el corazón”, “Demos gracias al Señor nuestro Dios”). De hecho, esto es lo que significa la palabra griega “Eucaristía”: acción de gracias. La plegaria empieza con el prefacio, que resume los motivos que tenemos para dar gracias a Dios, y al cual nos unimos cantando el “Santo, santo, santo es el Señor”. Después, el presidente invoca al Espíritu Santo para que descienda sobre aquel pan y aquel vino, a fin de que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo y sean nuestro alimento. Y luego, entramos en el recuerdo de los gestos y las palabras de Jesús en la última cena, en la que nos dejó el memorial de su presencia entre nosotros: “Esto es mi Cuerpo... este es el cáliz de mi Sangre...”. Seguidamente, recordamos que eso que estamos haciendo es la memoria de su misterio pascual, su muerte y resurrección, y terminamos orando por la comunidad reunida, para que el Espíritu nos una en un solo cuerpo, y por toda la Iglesia. Y finalmente, todo concluye con una solemne alabanza al Padre, por Jesucristo, en la unidad del Espíritu Santo: “Por Cristo, con Él y en Él...”. El Amén final, con el que todos respondemos, es la expresión de nuestra adhesión de fe a todo lo que el presidente ha dicho y ha hecho en nombre de Jesucristo. En el capítulo de este libro, escrito por José Aldazábal y titulado *Qué es la plegaria eucarística*, se encuentra una explicación detallada de cada uno de los momentos de la plegaria eucarística y de su significado más profundo.

Y finalmente, toda la liturgia de la Eucaristía nos conduce hacia la comunión. Jesús nos dejó este alimento para que lo comiésemos y así nos uniésemos a él. De modo que muy poco sentido tendría la Eucaristía sin la comunión. Nos preparamos para recibirla, en primer lugar, levantando nuestro corazón a Dios, el Padre de todos, con la oración del padrenuestro; luego, volviéndonos hacia los hermanos e intercambiando con ellos un gesto de paz, de reconciliación y de unidad; y luego, partiendo el pan del que todos vamos a participar. Terminada esa preparación, nos dirigimos todos hacia el altar para recibir el Cuerpo de Cristo y unirnos a él muy profundamente. Para hacerlo, el que distribuye la comunión nos muestra el pan y nos dice: “El Cuerpo de Cristo”, y nosotros, como un acto de afirmación, respondemos: “Amén”. Y lo recibimos con mucha fe y con todo el respeto. Y después, si está previsto así, y con la misma fe, recibimos también el vino.

No es cualquier cosa, participar de la Eucaristía. No es cualquier cosa, unirnos a la plegaria eucarística en la que damos gracias a Dios, invocamos al Espíritu Santo y repetimos los gestos y las palabras de Jesús, para después recibir el pan y el vino reconociendo en ellos su Cuerpo y su Sangre, es decir, su presencia viva y resucitada para nosotros. No es cualquier cosa, y nunca deberíamos olvidar la importancia que tiene.

San Pablo, en aquella carta que escribió a los cristianos de Corinto para recriminarles la forma como celebraban la Eucaristía y que más arriba hemos citado, les decía:

El que come del pan o bebe de la copa del Señor sin darles su valor, tendrá que responder del cuerpo y la sangre del Señor. Examínese cada uno a sí mismo antes de comer del pan y beber de la copa, porque el que come y bebe sin tener en cuenta que se trata del cuerpo del Señor, come y bebe su propia sentencia (1 Corintios 11,27-29).

El motivo de la recriminación era, como hemos explicado, que los ricos se hartaban en la comida durante la que se celebraba la Eucaristía, mientras que los pobres se quedaban con hambre: actuar así era hacer exactamente lo contrario de lo que Jesús había hecho, era burlarse de lo que aquel pan y aquel vino significaban: la entrega de Jesús al servicio de la humanidad, por el bien de todos los hombres y mujeres sin distinciones, diferencias ni exclusiones.

Pablo se indigna porque aquel pan y aquel vino no es una comida cualquiera: es Jesús, muerto y resucitado, presente en medio de su comunidad, convertido en alimento para sus seguidores. Si aquel pan y aquel vino fuesen un pan y un vino cualquiera, quizá Pablo no se hubiera enfadado tanto...

El evangelio de Juan también nos transmite unas palabras, puestas en boca de Jesús, que nos resaltan igualmente el sentido del pan y el vino de la Eucaristía. Dice Jesús:

El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo (...). El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él (Juan 6,51.54-56).

A lo largo de los siglos, esta fe que nos transmiten tanto Pablo como Juan ha dado pie a extensas reflexiones e incluso discusiones, para intentar entender mejor en qué consistía la presencia de Jesús en el pan y el vino de la Euc-

ristía. Pero seguramente que la forma sencilla en que lo encontramos expresado en los escritos apostólicos es la forma que mejor puede expresar lo que vivimos en la celebración: Jesús no solo está con nosotros como una fuerza interior; Jesús nos ofrece una proximidad mucho mayor, un alimento con el que entramos en comunión palpable con él: su carne se hace carne nuestra, su sangre se hace sangre nuestra.

En la Eucaristía, en definitiva, celebramos la presencia de Jesús que se nos da como alimento rompiendo todos nuestros esquemas. En este mundo en el que solo cuenta lo que se puede tocar, y más aun lo que puede utilizarse para producir beneficios, afirmar que recibimos como alimento un pan y un vino en los que reconocemos la presencia de Jesús muerto y resucitado, y mediante los cuales creemos que entramos en comunión con él, tiene realmente mucho valor. Podríamos decir que realmente la Eucaristía es el momento de la vida cristiana en el que más claramente afirmamos nuestra fe en la fuerza de Jesús que supera todos los esquemas, y todos los poderes, de este mundo. Más allá de todas nuestras posibilidades y todas nuestras evidencias, él está aquí, en un alimento muy elemental, y nosotros, reunidos con la comunidad, convocados por él, lo comemos y bebemos y, al hacerlo, afirmamos que su proyecto, su camino, su Reino, es más fuerte que toda debilidad y todo dolor y toda maldad que podamos encontrar en este mundo.

5. EN EL CORAZÓN DE LA VIDA

Los cristianos, los que creemos en Jesús, intentamos vivir nuestra vida con fidelidad al Evangelio, con ganas de seguir las huellas de aquel que va delante de nosotros hacia el Reino de Dios. E intentamos, así, dar testimonio de la alegría y de la esperanza que nos vienen de nuestra fe.

Pero este camino no lo hacemos solo como un acto de voluntad, como un propósito que se sostiene en nuestras propias fuerzas. Sino que lo hacemos acompañados de Jesús mismo, que viene con nosotros, que está en el corazón de nuestra vida y de la vida del mundo. Esta presencia de Jesús se da de muchas maneras, sin duda, pero de entre todas ellas, hay una que tiene un valor especial. Es la Eucaristía. Él, Jesús, nos la dejó diciéndonos que, cada vez que la celebrásemos, se haría presente en medio de nosotros como un alimento que nos uniría con él plenamente. Y desde los inicios, la comunidad cristiana ha entendido y ha experimentado que este encuentro con el Señor era el momento central de su existencia: de su existencia colectiva,

como comunidad, como Iglesia, y de su existencia también individual, la de cada uno de los miembros que la formamos.

Es cierto que a veces la participación en la Eucaristía no resulta fácil. En nuestro mundo tan agitado y lleno de cosas a hacer de todo tipo, cuesta encontrar el espacio para este encuentro con Jesús y con los hermanos y hermanas; también, más de una vez, echamos en falta en nuestras celebraciones una viveza y una proximidad que tantos siglos de historia cristiana quizá han alejado demasiado; o quizá, experimentamos que, en los que participamos de la Eucaristía, falta el vigor en la fe y en la entrega a los demás que parecería debería ser connatural en quienes se alimentan de Jesús muerto y resucitado. Pero a pesar de todo ello, sabemos que Jesús nos ha dicho que este es el lugar clave para encontrarlo, para unirnos a él, para recibir la fuerza y la gracia que solo él nos puede dar, para seguir avanzando en su camino.

Es importante, eso sí, que cuando vamos a participar de la Eucaristía podamos hacerlo sabiendo que aquella celebración tendrá la calidad necesaria (la "calidad simbólica", podríamos decir) como para que lo que se celebra tenga significado para nosotros, pueda penetrar en nuestro interior, nos ayude a crecer como cristianos: si todos los domingos asistiésemos a una celebración de la Eucaristía que nos resultara lejana, o incomprensible, o que nos hiciera sentir incómodos, sea por el motivo que sea, poco nos ayudaría a vivir nuestra unión con Jesucristo.

Y es que, como ya hemos dicho, la Eucaristía, como todos los sacramentos, es un acto simbólico que, a través de las palabras, los gestos, los cantos, las actitudes exteriores, nos hace entrar en este mundo misterioso de la presencia de Jesús. Antes del Concilio, cuando la misa se decía en latín y de espaldas a la asamblea, era sin duda más difícil captar el significado de lo que celebrábamos, pero aun así, aquellos gestos y aquellas palabras eran el vehículo para descubrir la gracia de Dios que allí se nos ofrecía. Pues ahora con más razón. Ahora habrá que procurar, y colaborar, para que nuestras celebraciones sean lo más significativas posible. Lo que no significa que siempre debemos salir de la celebración emocionados y con el corazón exaltado: eso quizá ocurrirá algunas veces; pero lo normal será que nuestro encuentro con Jesús sea sencillo, tranquilo, sin grandes emociones, como lo es nuestra propia vida cotidiana.

Pero no basta con buscar y procurar unas celebraciones que tengan suficiente calidad simbólica. También es necesario que nosotros participemos en ellas

con verdadera fe. Por muy lograda que resulte una celebración, por significativa que sea, la acogida de Jesús presente en medio de nosotros nunca es algo obvio. Afirmar que Jesús está presente en la palabra que leemos, y afirmar que está presente en el pan y el vino que comemos, exige siempre el salto de la fe. La presencia de Jesús no se ve, ni se experimenta directamente, ni se deduce de los signos celebrativos. Hay que creer en ella. Hay que acercarse a la celebración con suficiente humildad como para aceptar que allí sucede algo que supera nuestras capacidades de ver y de entender, y que nos sitúa en el nivel de la acción de Dios más gratuita, más radicalmente salvadora. Y dar gracias.

Todos los domingos, en todo el mundo, la Iglesia entera se reúne en un número incontable de comunidades de todo tipo, y celebra la presencia del Señor. La celebra para todos aquellos que participan, todos los que se han acercado para encontrarse con la fuerza de gracia y de vida que es Jesús hecho totalmente cercano a la vida de cada creyente. Y la celebra, también, para los que no están: o porque no pueden, o porque no se sienten con ganas, o, más aún, porque no conocen a Jesús o porque no creen en él. Para

Un cristiano del siglo II habla de la Eucaristía

San Justino, un filósofo cristiano que murió mártir hacia el año 165, nos ha dejado un relato de cómo celebraban la Eucaristía en su época, que nos muestra que, a pesar de tantos años de distancia, básicamente lo que celebramos es lo mismo. Dice así:

En el día llamado día del sol, se celebra una reunión en un mismo lugar de todos los que viven en la ciudad o en el campo. Se leen las memorias de los apóstoles y los escritos de los profetas, en la medida que el tiempo lo permite. Cuando el lector ha terminado, el que preside toma la palabra para incitar y exhortar a la imitación de estos bellos ejemplos. Después, nos ponemos de pie y hacemos nuestras plegarias. Luego se acerca al que preside pan y vino y agua. Y el que preside eleva al cielo oraciones y acciones de gracias, según sus fuerzas. Y el pueblo aclama diciendo: "Amén". Luego tiene lugar la distribución a cada uno de los alimentos sobre los que se ha pronunciado la acción de gracias, y también se hacen llegar a los ausentes por medio de los diáconos.

todos ellos se celebra la Eucaristía. Y para todos ellos Jesús ofrece el don de su presencia.

Los creyentes que participan de la celebración, cuando esta termina y salen de la iglesia, saben que lo que ellos han vivido alrededor de la mesa de Jesús hay mucha gente que no lo conoce: mucha gente que desconoce lo que significa la alegría de la fe. Y por ello, al salir de la iglesia, se saben depositarios y portadores de una llamada: la llamada a acercar, a través de su forma de vivir y a través de su palabra, la Buena Noticia del Evangelio a todos ellos.